

# Eugenio Trías

## La Cataluña ciudad



---

EUGENIO TRÍAS

# La Cataluña ciudad

El pensamiento cívico en la obra  
de Maragall y D'Ors

Prólogo de Miguel Trías Sagnier

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2020

© Herederos de Eugenio Trías, 1985, 2020

© del prólogo: Miguel Trías Sagnier, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B 3363-2020

ISBN: 978-84-18218-22-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra

([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## Índice

<i>Prólogo</i> , por Miguel Trías Sagnier . . . . .	9
Introducción . . . . .	17
Patria y ciudad . . . . .	21
Ciudad platónica y vuelta al caos (La polémica de Maragall y Xènius en torno a la idea de ciudad) . . . . .	71
Ortega y Gasset ante la Cataluña-ciudad . . . . .	99
Epílogo . . . . .	115
Notas . . . . .	123

---

## Introducción

Este texto constituye un complemento de mi ensayo sobre *El pensamiento de Joan Maragall*. En dicho ensayo adopté, como opción metodológica justificada por el carácter mismo de la aventura poético-filosófica de Maragall, la premisa de analizar el marco externo, histórico, social y ciudadano en que esa gran figura se produjo desde y a partir de la interioridad misma de su propio pensar y poetizar, de manera que sólo a contraluz podía filtrarse dicho marco exterior. En el presente texto avanzo una reflexión en torno a la compleja sociedad civil catalana y barcelonesa, la que constituyó el marco característico en donde pudo insertarse Maragall, en relación dialogante y polémica con otras figuras relevantes de la época como Eugeni d'Ors, Unamuno e incluso Ortega y Gasset. De ahí que haya centrado mi reflexión fundamentalmente en el período aquel que corresponde al desarrollo mismo de la biografía maragalliana, un tiempo en el que Barcelona emerge como una ciudad competitiva con la capital de España, a modo de gran ciudad moderna, asumiendo Cataluña entera el carácter de una compleja sociedad civil desgarrada en clases

conflictivas, carácter que, a mi modo de ver, nos da la pauta fundamental para definir lo que tiene de propio y diferencial el «hecho catalán» y su peculiar sentido nacionalista.

Este texto constituye, pues, un amplio apéndice a mi libro en torno al pensamiento de Maragall. En él he invertido la opción metodológica, revelando las ideas maragallianas, lo mismo que aquellas otras con las cuales entró en relación, las de Xènius o de Unamuno en torno al concepto de ciudad y de sociedad civil, a partir de una reflexión sobre las fuerzas históricas que determinan las orientaciones ideológicas de los individuos reseñados.

No soy doctrinariamente idealista ni materialista, sino que inclino el método en función del rendimiento objetivo que persigo: en mi libro sobre el pensamiento de Maragall buscaba lo específico del pensar poético maragalliano; en este texto, en cambio, busco la identidad y diferencia catalana, que cifro en la civilidad, en la idea-fuerza de Ciudad, pensada en términos modernos, como síntesis de una sociedad civil emergente desgarrada en clases conflictivas, la cual, en el caso específico y diferencial catalán, se produjo de modo espontáneo, sin concurso ni investidura de un marco estatal moderno que hubiera podido propiciarla y fecundarla. Insisto en que es allí donde puede verse lo propio y específico de la moderna catalanidad, no en diferencias antropológicas ni cultural-lingüísticas. O no lo es de modo prioritario. El catalanismo político configura un nacionalismo civil y moderno en el que

las ideas de patria y ciudad quedan articuladas. En ello se diferencia *radicalmente* de otros nacionalismos que son *preferentemente* historicistas o antropológicos, o que basan su naturaleza en reflexiones historicistas o antropológicas.

Cataluña es un caso peculiar de sociedad civil compleja, carente de Estado y en pleito con un Estado que no corresponde a esa civilidad moderna cristalizada en Barcelona. Yendo más a la raíz sustancial podríamos decir que España ha sido, en el curso de este siglo, un pleito nunca dirimido entre un Estado pre-moderno no implantado en el seno de una sociedad civil, estado incardinado en una capital envuelta en los harapos de su espléndido aislamiento tibetano, y una sociedad civil en vías de modernización siempre en conflicto con dicho Estado, con el que sólo por la vía del litigio o del regateo desconfiado, cuando no por el camino de la guerra, sucia o abierta, ha podido llegar a pactar en términos siempre precarios, en medio de amenazas y mutuas desconfianzas.

Se trata, pues, de aproximarse a la Cataluña-ciudad, a esa Cataluña que tiene en el espíritu civil, civilizado y moderno, su signo de identidad y su diferencia específica dentro del marco hispano. Se trata de producir un concepto diferencial que salte por encima de míticas definiciones culturalistas o antropológicas de la identidad de un país cuyo sentido y orientación histórica ha consistido en alcanzar una sociedad civil compleja y en curso de maduración, sólo que desasistida por el Estado y

librada, en consecuencia, a la espontaneidad salvaje de sus propias fuerzas económicas, sociales y culturales. Cataluña quedará definida, pues, en su identidad compleja y desgarrada, como un esfuerzo colectivo por construir una sociedad civil que, en el curso del siglo, no ha gozado de la asistencia fomentadora de una estructura estatal moderna.

Esta definición me permitirá también determinar la realidad hispana en su conjunto como una realidad magmática e invertebrada que genera un Estado sin sociedad civil y una sociedad civil construida al margen del Estado. En ello debe verse la causa y la raíz de la invertebración hispana moderna y uno de los fundamentos radicales de sus conflictos civiles siempre latentes (y en este siglo trágicamente patentes). En ello, y no en míticas causas arqueológicas y atávicas, debe verse la clave de la profunda invertebración que, desde la radical crisis de identidad que se produce con la pérdida absoluta de las últimas migajas del imperio colonial, determina de forma hiriente el ser escindido y partido de la realidad hispana. Ello es lo que impide pronunciar, con plenitud de sentido y significación, como realidad compleja y pactada, al menos durante la primera mitad del siglo que llevamos conviviendo, la palabra España. Palabra que acaso adquiriera ese sentido si enraíza en un genuino pacto lingüístico, como palabra pactada, no como enunciación de una fantasmagórica realidad o sustancia suprahistórica.

---

## Patria y ciudad



---

## I

Salvo, quizás, algún carlista milagrosamente conservado que sueña aún en la Cataluña medieval, jerrarquizada y gremial, o que retiene la más perecedera frase de Torras i Bages («Cataluña será cristiana o no será»), lo cierto es que, por todos los rincones del Principado, comienzan a oírse voces de inquietud y de esperanza respecto a la necesidad de revisar, críticamente, la idea vertebradora de *nación*. Revisión crítica, no liquidación ni desahucio. Importa hoy, más que nunca, poner al día, con frente despejada y con corazón abierto y apaciguado, esa idea motriz que ha guiado durante este siglo, desde la elaboración sintética extraordinaria que de esa idea hizo Prat de la Riba, el horizonte político y convivencial catalán. Pero enfrentarse de forma crítica a esa idea es bocado duro poblado de amenazas externas e internas. Amenazas externas, pues en Cataluña esa idea está asumida y está verbalizada, ha llegado a la conciencia ciudadana y ha sido integrada en la propia identidad. Por el contrario, en el centro de nuestra piel de toro suele quedar

enmascarada en el propio proyecto de Estado, propiciando así nacionalismos españolistas que no se reconocen a sí mismos como tales. Pedir, por lo tanto, a los catalanes revisión crítica de esa idea vertebradora y motriz sólo puede hacerse en nombre de la madurez y de la confianza en las propias fuerzas reales y morales.

El complejo de castración es, en todos, individuos y pueblos, determinante fantasmático (pródigo en efectos muy palpables) que acosa y propicia, según como se le administre, la propia identidad. El fantasma del espejo roto, que no devuelve la imagen sino multiplicada grotescamente o en fragmentos, nos acosa a pueblo e individuos en quienes la violencia de los hechos agita y desmelenan nuestro propio lugar y territorio. Pero del descalabro de cierta imagen especular puede también, cual ave fénix, recrearse la identidad futura catalana: la identidad de un pueblo que es algo más que la vertebración *imaginaria* de todos sus rasgos constituyentes.

Lo cierto es que las ideas de patria y nación han padecido, en sus principales y más potentes teorizaciones, una fuerte dosis de ancestralismo rural y de esencialismo filosófico escolástico. Se las ha aferrado, con poco sentido crítico y ningún sentido temporal e histórico, al «ser» y a la «esencia» de lo catalán; o se ha repartido, en buen espíritu pactista, el «ser» y el «proyectarse», sin llegarse a articular sintéticamente ambos verbos determinantes, según se dice, del espíritu a la vez continuista y

ecuménico, rural y comercial, tierra adentro y civil de Cataluña. La política autonómica de estos años ha sido la justa réplica, en sus indecisiones y en sus ambigüedades, de ese movimiento de repliegue tierra adentro y de tímida proyección hacia la «Cataluña moderna». La geografía electoral carlista insiste en el Principado, y alienta concepciones folklóricas de la cultura y de la vida pública. El carácter avasalladoramente urbano de la Cataluña de hoy no ha sido en absoluto asumido, ni ideológica ni culturalmente. Por eso, quizás, hoy más que nunca conviene redefinir ese lema de la resistencia, «hacer país», por el lema de la madurez alcanzada, correspondiente al estado de adulto, y que yo formularía del siguiente modo: «hacer ciudad».

Hoy, en efecto, puede pensarse, como idea motriz vertebradora de nuestro país, en esa Cataluña-ciudad a la que, con dificultad, pero con decidida y admirable energía, se empinaron, en la primera década de nuestro siglo, esos dos grandes escritores de ideas y pensadores de nuestro pueblo, Maragall y Eugeni d'Ors, tan distintos en sus contenidos, tan coincidentes en su búsqueda de la esencia *ciudadana*. Hoy urge retomar –bien remozado y adaptado a las realidades actuales– aquel insigne y silencioso debate entre dos modelos de Cataluña-ciudad, la urbe caótica y compleja, fundada en el pacto moral, la *ciudad del perdón* maragalliana; y la ciudad ideal, platonizante, discriminada geométricamente, con aduanas migratorias, con proteccionismo de población y librecambismo de ideas, tal como la

soñaba D'Ors. Personalmente me adhiero visceral y racionalmente a la agitación dorsiana respecto al tema Ciudad, respecto a su gran intuición de que es la ciudad lo que puede conferirnos identidad y diferencialidad; pero concibo la ciudad en términos maragallianos, como puse claramente de manifiesto en *El pensamiento de Joan Maragall*.

Hoy puede pensarse, como idea motriz vertebradora, en la Cataluña-ciudad, en la Cataluña que realiza de pleno esa vocación *civil* para la que, durante siglos, ha estado laborando, desprendiéndose, en ritmo armónico de continuidad y convulsión, de *seny* y *rauxa*, de cuantos sustratos provincianos y rurales la han propiciado. Cataluña puede apuntar hoy, una vez recuperada y reconocida su personalidad política, a esa consumación *civil* a la que de forma espontánea, a pasos agigantados, tiende; una Cataluña al fin fundida con esa Barcelona que ha ido trabajosamente propiciando y gestando. Pero pesan aún en nuestra mente, en nuestra ideología, nostalgias originarias y tomistas, anacrónicas conjugaciones del «ser» y de la «esencia» catalana, que impiden realizar en el pensamiento y en las obras esa idea-fuerza de la Cataluña-ciudad, Cataluña plena y radicalmente urbana, antagónica de todo sueño regresivo, remozado hoy por ruralismos ecologistas o veladamente hipiosos, nostalgia que en vano podrá ahogar un *destino de civilización y modernidad*, que esa es la «unidad de destino en lo particular» propia de la Cataluña-ciudad.

Sólo que esa Cataluña-ciudad no puede concebirse hoy desde la metafísica dorsiana, ya que no es la ciudad hoy concebible como ensanche o reserva burguesa neoateniense, trazada a golpes geométricos de aduana mental sobre ilotas y periecos, sino más bien en el sentido de la ciudad caótica y pactada, compleja y moral, desordenada y *racional* maragalliana, llena de vida y fuerza, confiada en sus propios desbordamientos. Configurar, sin dirigismo unilateral, esa ciudad grande y compleja, aprovechando *todas* sus energías, es tarea suficiente para ilusionar a las nuevas generaciones que comienzan a protagonizar, con sus actos y con su voz, la vida misma de la Cataluña-ciudad. La tarea consiste en hacer de Barcelona, síntesis concreta, individualizada y real de la Cataluña-ciudad, una *gran* ciudad, competitiva con otras *grandes* urbes, grandeza en sentido cualitativo, material y moral.

De no plantearse *prioritariamente* este objetivo, que implica desarrollar *todas* las energías ciudadanas, sean cuales sean su ideología y su habla, su procedencia y su grado de mestizaje, de persistir nuestros políticos en un dirigismo unilateral, fundado en una idea estrechísima de Cataluña y en un concepto ochocentista de nación, nos quedaremos, a la vez, sin Cataluña y sin Barcelona: aquella vegetará de nuevo en uno de esos inviernos sempiternos que, a principio de siglo, logró con heroísmo descongelar; y Barcelona puede ser, en pocos años, una ciudad de segunda o tercera fila, una hermosa Marsella, con todos los respetos para esta ciudad hermana.

## II

Quizás hayan sido Gaziel y Sagarra, en sus respectivas memorias, los mejores narradores de la gran transformación que, desde principios de siglo, se produjo en el marco catalán y que dio como fruto espléndido la creación de una compleja y contradictoria ciudad, prototipo de furia civil sin apoyo de Estado, constituida «al margen de la ley», en sentido no únicamente metafórico. Ya Francesc Cambó advertía, en su primera intervención directa ante el joven rey de España Alfonso XIII, a raíz de su clamoroso paso por Barcelona, que esa ciudad en constante expansión industrial, urbana y cultural, carecía de protección estatal y legal: de seguirse puntual y escrupulosamente la legislación del Estado hubiera sido preciso desarticular acaso las fuerzas industriales y urbanas más vivas de la ciudad. Esa ciudad, cansada, hastiada por la mala administración estatal de los partidos de turno, había protagonizado ya importantes manifestaciones reales y verbales de protesta, como el documento presentado a la reina regente por los «cinco presidentes», texto imbuido de espíritu cívico-burgués, en el que se establece como base de regeneración el espíritu de trabajo de una burguesía hegemónica harta de hallarse en situación de dependencia respecto al parasitismo vampírico del alto funcionariado madrileño, como también el célebre *tancament de caixes*,\* protagони-

\* Cierre de cajas.

zado por los industriales y los comerciantes barceloneses. En esa ciudad, que algunos exiliados anarquistas bautizaron como «la rosa de fuego», se iba gestando una enérgica y muy activa acción y conciencia obrera que llegó a producir toda una ética propia y una cultura genuina, con sus centros educativos, recreativos, festivos, importante movimiento vertebrado por una ética anarquista fraguada en la lucha clandestina o sindical y que, pese a las mixtificaciones de Alejandro Lerroux, fecundó también lo más vivo del nuevo republicanismo de principios de siglo, movimiento este que no puede confundirse pura y simplemente con las manipulaciones, auspiciadas por el decrépito liberalismo de Moret, llevadas a cabo por Lerroux.

En medio del caos civil de la «ciudad de las bombas», ciudad sin Estado propio organizado, la sociedad civil barcelonesa y catalana daba muestras de una desbordante vitalidad, como atestiguan en sus respectivas memorias Gaziel y Sagarra.<sup>1</sup> Esa sociedad retaba, pues, a una España agónica y en franca decadencia tras la convulsión radical de su identidad generada por la gran catástrofe de 1898. La conciencia civil y política de patria y nación catalanas hubiera podido acaso fecundar imperialistamente el ámbito todo del suelo hispano y de su Estado imperial aniquilado. Tal era el designio último de hombres como Prat de la Riba o Cambó, del mismo modo como lo había sido ya, de forma premonitoria, el de aquellos catalanes republicanos que protagonizaron, tras la Gloriosa y durante el año es-

caso de la Primera República, un intento de «catalanización general» del estado español, desde el propio Pi i Margall hasta Valentí Almirall.

Cataluña, ya desde las últimas décadas del siglo XIX, daba muestras de ser algo más que aquello que varios siglos de hibernación cultural y política habían hecho de ella, una mera «patria chica» que generaba todo lo más nostalgia sentimental oscuramente patria, melancólica evocación de una patria trascendental perdida entre las confusiones y complejidades de una Edad Media agonizante. Cataluña no se contentaba siquiera con reconocerse como simple región, patria chica folklórica provista de un lenguaje de uso familiar-popular remozada con nostalgia y espíritu elitista romántico por venerables estudiosos participantes en competiciones o trovas neofloralescas, siempre contrapunteadas por cierta malignidad urbana de barrio menestral al estilo y modo del *xaronismo*. Más allá de ambas modulaciones literarias y estéticas insuficientes, había dado muestras de una vitalidad a la vez literaria y cívica, a través de una poesía épica sin igual en todo el ámbito hispano y de un despertar de la conciencia cívica y política espoleada por la necesidad económica, por la falta de libertades municipales, por la eterna cuestión del arancel y de la recaudación fiscal y por la elevación y sublimación, a la vez espontánea y dirigida, de la lengua de uso común en lengua de cultura y civilización.

La admiración despertada por la cultura alemana, por el rescate del alemán como lengua de cultu-

ra para la filosofía y la poesía, correlativo al ascenso del nacionalismo germánico, el que Fichte cantaba y conceptuaba en sus célebres discursos, puede comprenderse en este contexto de renacimiento cívico y cultural. De igual modo, el entusiasmo levantado por esa unión cuajada de palabra viva y música moderna que fue la ópera wagneriana, en la que se articulaban, en la urdimbre del complejo sistema de los *leitmotiven*, lo más vivo del arsenal mitológico germano, índice y cifra de la propia identidad cultural originaria, arcaica, alemana. Wagnerismo y culto a lo alemán que hizo decir a Maragall: «C'est toujours du Nord qui nous vient la lumière».

Todo ello pudo producirse en una *sociedad civil sin Estado* personificada en la Barcelona finisecular y novecentista, en franca expansión y crecimiento desbordante desde la exposición de 1888, capaz de absorber e integrar todos los pueblos que le eran próximos, ciudad expansiva y contradictoria, llena de barrios insalubres y decrepitos, poblada de nuevos ricos que imponían sus pautas estéticas a través del paseo hebdomadario ritual, donde, como denunciaba Layret en una nota recogida por la prensa en 1906, en una barraca podían vivir más de cien personas hacinadas en la más sórdida de las miserias, mientras las jóvenes de la buena sociedad exhibían todas las enjoyadas prendas de su señuelo prematrimonial.<sup>2</sup>

Frente a esa pujante *sociedad civil desgarrada entre clases ya en franco conflicto*, en la que esa lucha, no mediada por los poderes públicos más que bajo el

modo de la corrupción, fue derivando paulatinamente en claro pistolerismo, frente a esa Barcelona que en la época de la Gran Guerra, con el descalabro de las clases patricias dio lugar a una movilidad social hampona, espoleada por la neutralidad militar y el espionaje, frente a esa Barcelona que a partir de 1917 constituye uno de los más carnales filones de futura novela negra que puede hallarse a través de todo el continente europeo, se alzaba, imponente en su soledad augusta y decrepita, ese entrañable Madrid tibetano cantado por Gaziél y por Sagarra, que olía a estiércol, atiborrado de bueyes que circulaban por las callejas, lleno de pedigüños, pícaros y toda la prosapia de las artes y los oficios preindustriales, coronado por una vieja casta enfundada en su ideología de la pureza de sangre, cortejo espectral y esperpéntico de una «corte de los milagros» que persistió, terca y tozuda, en la cresta del poder, hasta el derrumbamiento y abandonismo que dio paso a la Segunda República.<sup>3</sup>

### III

España ha sido, a lo largo del siglo xx, en gran medida, un pleito no dirimido entre una sociedad civil sin Estado –Cataluña– y un Estado sin sociedad civil –Madrid–. Ello ha producido un doble y simétrico fracaso: ni la sociedad civil ha podido alcanzar su *plena* madurez, al no contar con un Estado que la propiciase y fecundase, ni el Estado ha podido salir

de su marasmo castizo, tradicional y arcaizante, hecho de retazos de un imperio en bancarrota, de una monarquía decrepita y neofeudal y de un zafio proyecto liberal de Estado, cuna y escuela de todo militarismo español moderno, de carácter marcadamente unitarista y visceralmente fóbico respecto a todo proceso de regeneración autonomista. Dicho Estado, revestido de un corrompido liberalismo fundado en el brazo armado del ejército y en el brazo civil paternalista del sistema caciquil, legitimado ante la España rural y medieval como espacio de ascenso social por la vía del funcionariado parasitario, se alzó desde principios del siglo xx a modo de gigantesca máquina obstructora de cualquier intento de regeneración por la vía compleja y contradictoria de una sociedad civil incipiente, cuya identidad se basaba en la savia conflictiva de toda sociedad civil, el desgarró en clases conflictivas, la lucha encarnizada entre las clases. Esa lucha se produjo por entero al margen del Estado y de la ley. O el Estado mismo trató de corromperla como pudo. La coartada decisiva de ese Estado consistió en inventar el término «separatismo» para definir cualquier intento sólido de constitución de la sociedad civil. Y propició asimismo una enérgica campaña de desprestigio respecto a la clase obrera que en un país sin Estado derivaba, como modo también de desmarcarse del unitarismo centralista característico del Partido Socialista, hacia el anarquismo. Se dio la interesante paradoja de que la clase obrera española con mayor madurez civil y consciencia de clase era anarquista.

La síntesis de sociedad civil y Estado que constituye la formación moderna del *Estado-nación* no pudo, pues, producirse en España. Estado y sociedad civil han estado, a lo largo del siglo xx, en estado de constitución, *in statu nascendi*. Ello ha generado el fenómeno de un doble nacionalismo con vocación separatista en su raíz. Un nacionalismo separatista de Estado, materializado en el Madrid cortesano y tibetano, y un nacionalismo separatista de sociedad civil, matriz de otros nacionalismos más complejos y «antropológicos». Un nacionalismo de Estado, pero sin base civil, y otro civil pero falto de Estado. Es imprescindible tomar en consideración esta dialéctica truncada hispana entre Estado y sociedad civil si se quiere profundizar en la compleja realidad que constituyen, en su relación hecha de pactos precarios y de conflictos siempre latentes, Cataluña y España.

#### IV

La idea de Cataluña-ciudad aparece, llena de vigor, en el movimiento a través del cual emerge, tras la crisis generalizada de la identidad hispana que se produce con el derrumbamiento de las últimas migajas del imperio colonial, la consciencia política y filosófica catalana, consciencia cívica, civilizada, moderna, que se alza, orgullosa, frente al marasmo rural, castizo y neofeudal hispano. Es importante insistir en ello, pues con demasiada frecuencia se

olvida este aspecto esencial del catalanismo político. Unamuno, en un magnífico artículo de abril del año 1907, señala con clarividencia:

Lo más grande, lo más noble, lo más civilizador que tiene el movimiento grandioso de la llamada Solidaridad Catalana, es que haya sido la ciudad, Barcelona, constituyéndose en consciencia directora de Cataluña toda. Ha sido la civilización de Cataluña, tomando el vocablo civilización en su estricto sentido, en el sentido de hacer a un pueblo civil, ciudadano, dotado de espíritu de ciudad.

Unamuno concluye su ensayo con una importante caracterización diferenciadora de Barcelona y Madrid:

Desde hace tiempo se oye hablar en Barcelona con insistencia de lo civil. Es un sentimiento que allí se fragua [...]. Barcelona [...] es hoy el modelo de ciudad española, que es donde se está formando una ciudad en toda la extensión moral de este vocablo.

Barcelona es ciudad, mientras que Madrid no es sino corte. Y Barcelona es hoy el ejemplo de lo que todas las ciudades españolas deben hacer.

Unamuno relaciona, con precisión, espíritu civil y modernidad, oponiéndolo a espíritu medieval de raíz rural y de vocación política carlista o conservadora:

La ciudad contra el campo: tal es la lucha. La ciudad empieza a entrar en la Edad Moderna, mientras el campo vive en la Edad Media.

No se le escapa al rector de Salamanca la cuota de alienación que conlleva, a modo de alto precio de la libertad y del espíritu moderno, la gran ciudad, la Metrópolis, pero Unamuno no piensa en abstracto en este texto, sino muy en concreto en las necesidades y urgencias de la España de su tiempo: «Se habla de esa concentración (efecto de la industrialización y de la emigración) como de un gran mal, y me parece que eso es hablar de ligero». E insiste en el término civilización, «que viene de civil y civil de *cives*, ciudadano, hombre de ciudad. La civilización nació en las ciudades y es ciudadana. La civilización es Atenas, Alejandría, Roma, Venecia, Londres, París...».

Con gran penetración y clarividencia da Unamuno con la causa principal de la crisis y del desmoronamiento del imperio hispano y la consiguiente «consciencia del Desastre». Es importante esta razón dada por Unamuno, ya que se suele olvidar al llevarse a cabo el análisis de los diagnósticos noventayochistas sobre el problema y el mal de España. En efecto, *Unamuno ve en la falta de espíritu moderno y civil*, o de civilización *tout court*, civilización entendida como se entiende en este contexto unamuniano, como el espíritu propio y característico de una gran ciudad de la que sólo existe una en España, Barcelona, *la causa, la raíz, la explicación*

*fundamental del desmoronamiento del imperio hispano*. Fiada la defensa de las últimas migajas de ese imperio al arrojo y valor individual, no provista la riqueza nacional de una administración eficaz capaz de soportar una escuadra, dejado el país entero en la más absoluta indefensión ante cualquier amenaza externa por falta de buena administración y previsión económica y técnica, la derrota absoluta, humillante y casi ridícula de 1898 no pudo menos que consumarse, produciendo un brusco despertar de la consciencia pública a una desesperante realidad, consciencia que había dormitado en incomprensibles sueños patriotereros propios del más obcecado y empecinado *miles gloriosus*. La lectura diaria de la prensa de la época –hablo por experiencia– produce una irremediable desazón. Y bien, en este contexto debe entenderse la lúcida reflexión unamuniana sobre la causa principal del desastre.

Esta falta de civilización y espíritu moderno empuja a las tierras en que esa vocación civil y urbana es manifiesta, o a aquellas, lejanas, acosadas por el influjo imperioso de los Estados Unidos de América, al separatismo: «Así como empujamos a filipinos y a cubanos al separatismo, estamos empujando a él a los catalanes». La reacción crispada ante las primeras manifestaciones *políticas* del movimiento *cívico* catalán por parte del Estado, fue protagonizada por una prensa madrileña al servicio del polvoriento sistema de los partidos de turno, por un partido que sólo era liberal en razón de su

secular pleito dinástico con el carlismo y por un ejército que, desde principios del siglo xx, hostigado por la humillación experimentada en el Desastre, incapaz ya de cosechar triunfos de orden público y paz civil en su lucha contras los levantamientos carlistas, tuerce su pálido progresismo liberal a partir del pleito catalán, iniciando así su tétrica carrera intervencionista de este siglo como guardián crispado de la esencia unitaria y trascendente de una España agónica y esencial concebida al modo liberal-centralista. El lamentable asunto de la revista humorística *¡Cu-cut!* y la más lamentable aún ley de jurisdicciones marcan esta lastimosa inflexión de las fuerzas armadas en un momento en que de ellas podía depender la misma potenciación del regeneracionismo con vocación autonomista, como todavía pudo esperarse con fundamento del explícito reconocimiento de la necesidad de libertades civiles regionales por parte del general Polavieja a través de su conocido manifiesto.

España, señala Unamuno, padece una crisis general de sentimiento patriótico, crisis de patriotismo «íntimamente ligada con la oposición entre civilización y ruralización». Llegamos aquí al punto más decisivo y más profundo del análisis unamuniano:

La patria es, ante todo y, sobre todo, la ciudad, y la patria es un medio para la civilización y no el fin de esta.

Este pasaje es de gran importancia. Constituye una apropiación muy personal de ideas que no son en nada ajenas al novecentismo catalán y en particular a Xènius. Esta conexión entre *patria* y *ciudad* es importante, sobre todo si se alcanza a ver todas las implicaciones, analizadas en este artículo, que lleva consigo la idea de ciudad (civilización, modernidad, industrialismo, espíritu civil-burgués o de «sociedad civil», *bürgerliche Gesellschaft*).

## V

Llevar a cabo un análisis filosófico en profundidad sobre la idea de patria es tarea necesaria si queremos, alguna vez, hacer brotar desde la misma raíz del pensamiento una filosofía política rigurosa. Más adelante haré referencia a ese texto fundacional que lleva por nombre *Discursos a la nación alemana* de Fichte. Señalaré hasta qué punto el análisis del concepto de patria se fundamenta fenomenológicamente en una concepción inmanentista de la misma, desviándose *a posteriori* esa base firme al querer inferir, a partir de un uso indebido del método trascendental, la idea suprasensible, «trascendental», de una Patria eterna, imposible de concebir, en términos mundanos, como algo percedero y corruptible. Pareciera, en efecto, que sólo puede exigirse el máximo sacrificio, la propia vida, en nombre de una entidad con carácter atemporal o ahistórico, en nombre de un Principio concebido eterno y trascendente.